



Comentario bibliográfico

Ian Wood, *The Christian Economy of the Early Medieval West: Towards a Temple Society* (Santa Barbara: Punctum Books, 2022).

Lucía Arisnavarreta

Universidad Nacional de La Plata
luarisnavarreta.fahce@gmail.com

Fecha de recepción: 12/03/2025
Fecha de aprobación: 26/03/2025

Ian Wood es un historiador inglés, profesor emérito de la Universidad de Leeds, con una importante trayectoria en el estudio de los mundos tardorromano y altomedieval. Entre sus contribuciones, que constan de un amplio número de monografías, artículos en revistas especializadas y libros colectivos, destacan *The Merovingian Kingdoms (450-751)* (Londres y Nueva York: Routledge, 1994) y *The Modern Origins of the Early Middle Ages* (Oxford: Oxford University Press, 2013)¹.

¹ Un breve curriculum vitae de Wood se encuentra en <https://ahc.leeds.ac.uk/history/staff/159/professor-ian-wood>

The Christian Economy of the Early Medieval West se divide en seis secciones. En ellas, Ian Wood se propone revisar el período entre el 300 y el 600 en el Occidente tardorromano, a partir de una relectura del rol de las instituciones eclesíásticas y de las prácticas cristianas en la estructura económica.

En el primer apartado, “Towards a Temple Society?”, el autor evalúa someramente las caracterizaciones del período elaboradas por otros historiadores. Entre ellas, destacan las investigaciones que apuntan a una continuidad entre el período romano y el temprano-medieval, las que observan una ruptura o discontinuidad contundente, y un tercer grupo —por el que se había inclinado en su obra previa²— que detecta una transformación gradual de las estructuras sociales y económicas. Wood ubica una buena parte de las diferencias entre estas tres vertientes en las distintas dimensiones de la realidad social en las que se focalizan: mientras que las investigaciones que giran en torno a las estructuras económicas tienden a enfatizar las rupturas, quienes analizan aspectos vinculados a lo religioso suelen observar transformaciones más graduales.

En ese sentido, se asume una postura crítica tanto de los historiadores que exploran aspectos religiosos sin dar demasiada importancia a cómo estos se relacionan con lo económico, como de aquellos que ven en la Iglesia cristiana solamente un segmento de la élite (pp. 15-18). Siguiendo su argumento, la economía temprano-medieval no puede ser comprendida sin considerar el peso de la Iglesia como institución en todos sus aspectos, así como esta última tampoco puede ser cabalmente estudiada sin prestar atención a su estructura económica.

Con el fin de abordar las transformaciones, Wood opta por utilizar un concepto ajeno a los análisis tradicionales del período y la región: la noción de *temple state* o *temple society*³. Este término ha sido empleado en diversos estudios sobre el sudeste asiático y las sociedades precolombinas de América. Al recurrir a esta caracterización, el autor ofrece la posibilidad de explorar el impacto de la cristiandad más allá de su dimensión religiosa y, principalmente, permite distinguir este período de aquel del Imperio Romano, en el cual la religión jugaba un rol estructural diferen-

2 Ian Wood, *The transformation of the Roman West* (Leeds: Arc Humanities Press, 2018), 160.

3 Wood utiliza indistintamente ambas nociones en el primer apartado de la obra, aunque luego se inclina por el uso de *temple society*.

te —en el que el autor, sin embargo, no profundiza—. Parte de la propuesta metodológica del autor consiste en apropiarse de la definición de *temple society* elaborada por los antropólogos Arjun Appadurai y Carol Appadurai Breckenridge que plantean que, en ese tipo de sociedades, es reconocida una divinidad reinante que resulta fundamental para el establecimiento de transacciones económicas y morales⁴. Para Wood, esto constituye un punto de partida para investigar en qué medida el Occidente post-romano podría compartir o no las características del modelo propuesto por los antropólogos (pp. 20-23).

Profundizando en ese camino, el autor decide rediscutir la propuesta del historiador Benjamin Foster, quien, en su estudio sobre el estado sumerio, descarta la hipótesis de la existencia de un *temple state*, debido a que las fuentes muestran que no toda la tierra estaba en manos de los templos, por lo cual utilizar aquel término sería caer en una simplificación⁵. La primera idea que explora en los siguientes apartados de la obra, señala que, si bien la Iglesia⁶ era propietaria de la mayor parte de las tierras cultivables del occidente post-romano, no lo era del total. Pese a eso, un amplio porcentaje de las riquezas generadas en las tierras de la región —eclesiásticas o no— era destinado a las necesidades y estrategias de las instituciones cristianas, que se diferenciaban de las laicas (p. 20).

A partir del planteo del marco teórico, Wood se adentra en el análisis de la riqueza de la Iglesia teniendo en cuenta, únicamente, los bienes inmuebles. Las donaciones monetarias, señala, representaban una porción significativa de los ingresos eclesiásticos, pero no proveían un ingreso estable a menos que fueran invertidas en tierras.

En el segundo apartado, “Churches, Clergy, and their Endowments” el autor sostiene que la Iglesia poseía pocas tierras en el siglo IV, y que aumentó sustancialmente su propiedad para fines del siglo VII e inicios del VIII. En este punto, difiere con historiadores como David Herlihy⁷, que

4 Arjun Appadurai and Carol Appadurai Breckenridge, “The South Indian Temple: Authority, Honour and Redistribution,” *Contributions to Indian Sociology* 10, no. 2 (1976): 187–211.

5 Benjamin Foster, “A New Look at the Sumerian Temple State,” *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 24, no. 3 (1981): 225–41.

6 A lo largo de la obra Wood habla de “the Church”, aunque repara en el primer apartado en que existen distinciones entre instituciones episcopales, monacales e iglesias locales. Sin embargo, no profundiza en dichas distinciones, ya que establece que todas contribuyen a la formación de un único *populus Christianus* (p. 20).

7 David Herlihy, “Church Property on the Continent, 700–1200,” *Speculum* 36, no. 1 (1961): 81–105.

ubica el aumento significativo del volumen de la propiedad eclesiástica entre los siglos VIII y IX. Para Wood, el crecimiento de las tierras en manos de la Iglesia —que llegó a poseer un tercio del área cultivable de Europa occidental— se observa principalmente en los testamentos de los obispos y las historias monásticas (pp. 27-28).

El estudio que el autor realiza de las fuentes primarias es exhaustivo. Sin embargo, la mayor cantidad de éstas provienen de Francia, lo cual dificulta, por momentos, la realización de análisis comparativos concretos. Tal como reconoce, la evidencia en algunas regiones —como la Italia lombarda, donde la mayor parte de las fuentes pertenecen al siglo VIII en adelante— no es lo suficientemente significativa como para permitir estimar la cantidad de tierras en posesión de la Iglesia.

Pese a esto, el autor observa en las fuentes, tanto de la zona de la actual Francia como de la España visigoda, una visión bastante extendida de que los obispos debían dejar propiedades a la Iglesia (p. 28). Varios obispos son criticados por no hacerlo, particularmente si no dejan a la institución las propiedades adquiridas en el transcurso de su función eclesiástica. A su vez, el autor incluye en su análisis testamentos de abades y abadesas que, también, son donantes de tierras a la Iglesia. Este profundo análisis de los testamentos e historias monásticas le permite concluir que, al menos en Francia, Herlihy subestimó la escala de las tenencias eclesiásticas en el siglo VII (p. 40).

Más allá de la extensión de la propiedad eclesiástica en sí misma, plantea un elemento central a considerar: la cantidad de personas que vivían de la Iglesia —es decir, de sus tierras—. Existen sobre esta cuestión distintas estimaciones, basadas en la cantidad de parroquias y monasterios de cada región, así como en el número de personas que conformaban el personal de cada institución (pp. 44-48). Wood se inclina por el de A.H.M. Jones, que es de 286.000 religiosos para el siglo IV⁸.

En el tercer y cuarto apartado, “The Distribution and Redistribution of Church Wealth” y “Personal Renunciation, Communal Possession and Institutional Funds” respectivamente, el autor

8 A.H.M. Jones, *The Later Roman Empire 284-602* (Oxford: Blackwell, 1964), 1070.

desarrolla esta última cuestión en mayor profundidad. Las primeras evidencias de la existencia del diezmo como fenómeno generalizado comienzan en el siglo VI. Al no ser provistos a través de la recaudación de una administración estatal central, los clérigos dependían de las donaciones de los fieles y de los recursos obtenidos de la propiedad eclesiástica (pp. 51-52). Como Wood insinuó previamente se inclina a pensar que este segundo elemento conformaba la mayor parte del sostén económico de la actividad eclesiástica.

El tercer apartado está dedicado, principalmente, a explorar la forma de redistribución de los ingresos eclesiásticos. A excepción del reino visigodo, donde los ingresos se dividían entre el obispo, el clero y la infraestructura de la Iglesia, en Europa occidental la mayor parte del ingreso se distribuía de acuerdo con el *Quadripartum*, donde se sumaban los pobres a los elementos ya mencionados. Aquí, el autor señala que el hecho de que los tercios o cuartos de esa división debían ser iguales se encuentra implícito en algunas fuentes textuales (p. 59). Sin embargo, a través del seguimiento de distintas cartas, observa disputas que indican que no todos los obispos dividían los ingresos como correspondía. Nuevamente, distingue los ingresos por donaciones de aquellos que provienen del trabajo sobre las tierras de la Iglesia, e indica que son los primeros los que tienden a ser utilizados con mayor discrecionalidad por parte de los obispos (pp. 61-62).

Al cierre del tercer apartado, Wood destaca la preocupación cristiana por proveer a los pobres y a los enfermos, y señala el involucramiento de la Iglesia en el rescate de cautivos. Si bien el autor relaciona esas acciones con la caridad y la salvación espiritual a través de dar limosna, pone énfasis en que buena parte de las mismas se hacían posibles a través de la adquisición y explotación de tierras por parte de la Iglesia. El autor considera que ese hecho forma parte de un “proceso redistributivo”, que es una de las transacciones económicas y morales que articula la divinidad reinante en la definición de Appadurai y Appadurai Breckenridge (p. 74). A su vez, se pregunta por la relación entre esa redistribución y la espiritualidad, a partir de las obras de autores como Peter Brown y Valentina Toneatto⁹. Tomar en cuenta el carácter espiritual del proceso económico de redistribución habilita a Wood a establecer diferencias con el período pagano previo.

9 Peter Brown, *Through the Eye of a Needle: Wealth, the Fall of Rome, and the Making of Christianity in the West, 350-550 AD* (Princeton: Princeton University Press, 2012) y Valentina Toneatto, *Les banquiers du seigneur: Évêques et moines face à la richesse (IVe-début IXe siècle)* (Rennes: Presses universitaires de Rennes, 2012).

En el cuarto apartado, el autor busca establecer cuándo y de qué manera se transformó el patrón de redistribución. Para eso explora, primeramente, la adquisición y el control de las tierras por parte de los templos paganos en el período imperial romano. A partir de ese análisis establece que, si bien los templos poseían tierras mediante las cuales apoyaban a sus respectivas comunidades locales, no hay evidencia que sugiera que esas posesiones fueran amplias. La explicación principal que encuentra a este hecho es que los templos paganos no necesitaban adquirir una cantidad significativa de tierras porque no contaban con personal que tuviera que vivir de ellas. Si bien la mayor parte de las parroquias cristianas tenía un único sacerdote, que muchas veces —al igual que los sacerdotes paganos— vivía de su propia tenencia, señala que la diferencia se hallaba en las iglesias de mayor envergadura, con un amplio número de clérigos con tareas que dificultaban o imposibilitaban trabajar por fuera de la Iglesia (pp. 83-85). El autor, entonces, no encuentra en la organización de los templos paganos un modelo que haya tomado el cristianismo para su incipiente estructuración.

A continuación, Wood sugiere que el sacerdocio judío podría haber sido una influencia para los cristianos, no tanto por su estructura en sí misma, sino por la premisa recurrente en el Antiguo Testamento de que los sacerdotes no debían poseer tierras (p. 87). A través del estudio de distintas figuras, entre las cuales destaca a Agustín de Hipona y Juliano Pomerio, señala que ya para el siglo V se esperaba que los clérigos, particularmente los de mayor rango, se desprendieran de sus propiedades. Pese a esto, nota que no había, hasta el 500, una expectativa de que aquellas fueran donadas a la Iglesia y, si bien hay testamentos que evidencian que algunos obispos lo hacían, existe un número significativo de clérigos de alto rango que heredaron a sus parientes cristianos. A lo largo de los siglos VI y VII esa expectativa de donar a la Iglesia comenzó a aparecer, pero únicamente en torno a las propiedades que hubieran adquirido los obispos luego de haber asumido su cargo (pp. 91- 94).

Hacia el final del cuarto apartado el autor señala que, en el Nuevo Testamento, más específicamente en Hechos de los Apóstoles, se sugiere que los clérigos vendan sus tierras y donen ese dinero a la Iglesia. Se afirmarían entonces un modelo de comunidad sostenida por las donaciones tanto de clérigos como de laicos, pero no dependiente de la explotación de sus propias tierras. En ese contexto, no se prohíbe a los clérigos tener ocupaciones por fuera de las estrictamente religio-

sas. Este modelo provisto por el Nuevo Testamento en cuanto al patrimonio eclesiástico es puesto en tensión, tal como subraya Wood, a partir del aumento en el número de clérigos y sus funciones. El mandato de pobreza de los clérigos, la caridad con pobres y enfermos, el rescate de cautivos, y la construcción y mantenimiento de iglesias, hicieron que fuera cada vez más necesario un ingreso regular, que fue posible asegurar a través de la posesión de tierras (pp. 100-101).

El quinto apartado, “The Chronology and the Causes of the Acquisition of Church Property”, versa sobre el ritmo de acumulación de tierras por parte de la Iglesia. En ese marco, pone en diálogo las posturas de diferentes autores, algunos de los cuales argumentan un crecimiento rápido y sostenido de la propiedad eclesiástica desde la conversión de Constantino en el año 312, mientras que otros observan un crecimiento más tardío, hacia los inicios del siglo VI (pp. 107-109). Wood tiende a estar más de acuerdo con esta última postura y propone una aproximación cautelosa a las fuentes escritas, especialmente del *Liber Pontificalis*. Por un lado, el autor advierte una lectura que sobredimensiona el volumen de tierras donadas por Constantino. Si bien admite que esas donaciones marcan un punto de inicio en la acumulación de la propiedad eclesiástica, señala que, comparativamente, debían ser donaciones similares a las que los emperadores paganos solían hacer a los templos del Imperio. A su vez, existen indicios de que las donaciones muchas veces no eran de tierras, sino que se donaban en moneda los ingresos obtenidos de ellas. Por otro lado, el autor señala como una rareza en el *Liber Pontificalis* que los regalos de Constantino se encuentren detallados, ya que en el resto del texto las referencias a las donaciones de tierras son escasas. Además, observa que algunas de las donaciones atribuidas al emperador están dirigidas a iglesias que no existían al momento de su muerte. Considerando estos elementos, Wood encuentra en esta fuente, más que un registro certero de las donaciones, una preocupación por mostrar a la Iglesia como una creación del primer emperador cristiano (pp. 118-120).

Para fines del siglo V, el autor encuentra en las fuentes textuales, particularmente en concilios, un número cada vez mayor de referencias a la administración de las propiedades eclesiásticas, lo cual toma como indicio del aumento de las mismas. En regiones como Rávena, observa un crecimiento significativo en la adquisición de propiedad eclesiástica en los siglos VI y VII, que coincide con la expansión de la noción de *Quadrupartum* a medida que la Iglesia tiene más excedente para distribuir.

Como última cuestión en este apartado, Wood considera la posibilidad de que el crecimiento de la propiedad eclesiástica sea producto de la retracción del aparato imperial romano. Sin embargo, señala que ese proceso y los patrones de asentamiento bárbaros no coinciden en tiempo con el aumento de las donaciones de tierras a la Iglesia (p. 139). Así, afirma que el desarrollo de una Iglesia propietaria, proceso que comenzó a consolidarse entre fines del siglo V y el siglo VI, es producto de la necesidad de sostener un número cada vez mayor de eclesiásticos, monjes, monjas, y sus respectivas parroquias y monasterios. El establecimiento de esta periodización —y no una más temprana—, implica que buena parte de la expansión económica de la Iglesia es posterior a su expansión en términos religiosos y espirituales (p. 145). De esta forma, concluye que los criterios a partir de los cuales la Iglesia comienza a redistribuir su excedente productivo son nuevos, y están alineados con ideales sociales y religiosos propios de la institución. En ese sentido, considera que la Iglesia debe ser comprendida bajo una lógica diferenciada de la de la élite aristocrática del período.

En el apartado final, “The Temple Society and the State in the Early Medieval West”, Wood analiza la relación entre la Iglesia y la estructura estatal. En ese camino, retoma un estudio de Claudia Rapp en el que la autora observa, a partir del siglo V, indicios del desarrollo de las figuras episcopales como “funcionarios urbanos”¹⁰. Evalúa, entonces, la influencia de los obispos en la dinámica no sólo religiosa, sino también política y económica en diferentes regiones. En particular señala que, a medida que acumulaba tierras, la Iglesia también acumulaba exenciones impositivas y privilegios de tipo político que, muchas veces, generaban tensiones con las autoridades seculares (p. 161).

Entre las regiones a las que el autor presta mayor atención, destaca la ocupada por los reinos merovingios, donde la Iglesia recibió, especialmente a partir del siglo VII, las concesiones más significativas. A diferencia de la región lombarda o visigoda, el poder merovingio no tenía, en ese período, amenazas militares significativas, por lo cual no necesitaba del excedente que generaban las tierras de la Iglesia. De esta forma, señala el autor, dicho excedente se utilizaba para las actividades propias de la cristiandad. Asimismo, destaca que el Estado merovingio promovía,

10 Claudia Rapp, *Holy Bishops in Late Antiquity: The Nature of Christian Leadership in an Age of Transition* (Berkeley: University of California Press, 2005), 339.

mediante exenciones fiscales, las liturgias y actividades de la Iglesia en pos de la protección del reino y del rey, lo cual acercaría a la sociedad merovingia a los criterios propuestos por Appadurai y Appadurai Breckenridge para considerar la existencia de una *temple society* (p. 167).

Como consideración final, Wood retoma la crítica a los enfoques teleológicos que observan un crecimiento sostenido de la Iglesia en los primeros siglos post-romanos. En ese sentido, destaca la aplicabilidad del modelo de *temple society* para comparar diferentes regiones y establecer las características propias de cada una. Sin embargo, al considerar los elementos que desarrolla a lo largo de este libro, tiende a pensar que se produce, en el período entre el año 300 y el 600, un cambio en los criterios de distribución de los excedentes productivos que comienzan a estar mucho más ligados a la idea de caridad cristiana. Esta propuesta habilita a reconsiderar el período a partir de las particularidades de las distintas regiones, y a preguntarse por los ritmos de acumulación de las estructuras eclesiásticas en cada una de ellas.